

naturaleza, han llegado ya á ser miradas como fórmulas de estilo que en los documentos públicos solo se emplean á manera de expresiones de cortesía y de buen parecer. Es ya tan sabido el curso que entre nosotros siguen los negocios relativos á promover alguna mejora, que ya nadie se deja deslumbrar con vanas palabras y pomposas promesas. Salido el decreto que habla de la mejora, adivinase desde luego que uno de sus artículos ha de ser el nombramiento de una comisión compuesta de *personas ilustradas, juiciosas y amantes del bien público*; que en otro artículo se encarga á las mismas que se dediquen con *actividad y celo* al desempeño de su cometido; que en efecto la comisión se reunirá, que comenzará á recoger noticias, á recibir informaciones, instruyendo el oportuno expediente: que hasta se llegará tal vez á extender una memoria que dé conocimiento al gobierno de las diligencias practicadas; pero sábese con no menos certeza, que al fin se atravesará de por medio alguna dificultad, que por ligera que sea, será obstáculo bastante á volver ilusorios los mejores proyectos, á desbaratar los planes mas bien concertados, á inutilizar trabajos que quizás costaran largo estudio, dilatada observacion y penosas fatigas.

Por esta causa fuera de desear que la clase rica de Cataluña, y especialmente la de Barcelona, no esperase nada de nadie, y acometiese por sí misma la generosa empresa de adoptar aquellas medidas que su deber le dicta y su situacion le aconseja. Que no olvide la verdad que otro dia le dijimos, y que todavía le repetiremos mas de una vez: su deber y su interés le prescriben de consuno la conducta que con respecto á los pobres debe observar: *hacerlos buenos y hacerles bien*. Hacerlos buenos, procurando arraigar en las clases menesterosas la moralidad; y cuando de esta hablamos, entendemos una moralidad sólida, duradera, fundada en los principios religiosos. Hacerles bien, manifestando en su favor un espíritu de desprendimiento, haciendo, cuando la oportunidad se ofrezca, los sacrificios que la caridad reclama y que la naturaleza mis-

ma nos inspira con la compasion excitada en nuestros pechos á la sola vista del infortunio. Ved que el pobre al pensar en vosotros recuerde el socorro que le dispensasteis en la enfermedad, los auxilios que le proporcionasteis para la educacion y colocacion de sus hijos, que palpe el interés que os tomáis por el trabajador imposibilitado, por el huérfano desvalido, por el anciano á quien se quebrantan las fuerzas, y tarde ó temprano recogeréis el fruto. En el mundo hay ingratos, pero la ingratitud no es la ley de la humanidad. — *J. B.*

UN CRISTIANISMO EXTRAÑO.

Hay en Europa una escuela absurda en sus principios, errónea en sus doctrinas, falaz y seductora en sus apariencias, que se ha propuesto combatir el cristianismo á fuerza de apologías filosóficas, destruirle con incesantes reformas, y disiparle y anonadarle con radicales transformaciones. Habladle de Jesucristo, bienhechor de la humanidad, regenerador de las sociedades, destructor de los antiguos errores, defensor de la dignidad humana, y fundador de un nuevo orden de doctrinas y hechos que han cambiado y mejorado de una manera asombrosa la faz del mundo; y la peregrina escuela os oirá con muestras de adhesion y hasta de respeto, quizás llegará al punto de participar de vuestro entusiasmo, y repetirá las elocuentes palabras que ofreció en homenaje al Hombre Dios el filósofo de Ginebra. Habladle de los beneficios dispensados á la humanidad por el cristianismo, y convendrá en que son indecibles, inmensos; que la gratitud con que le corresponden numerosas generaciones hace ya largos siglos, es un tributo de justicia que no podian negarle: hasta si quereis se os permitirá hablar con elogio de la Iglesia católica, re-

firiéndoos empero á determinadas épocas; y ya que no se os escuche con placer, á lo menos se os dispensará el favor de la tolerancia. Proseguid ponderando los destinos del cristianismo en los siglos venideros, y de la influencia que le está reservada en la suerte de la humanidad: tampoco se rechazarán vuestras esperanzas; antes las vereis acogidas con ardor, y oireis saludados los nuevos tiempos con fervientes cánticos de alborozadas albricias. Vendrá un día, un afortunado día, en que reinarán señoras en el mundo, la fraternidad y la caridad predicadas por el Hijo del hombre, ese bello pensamiento importado en el mundo por Jesucristo, inoculado por los apóstoles á la sociedad, propagado y arraigado con los sublimes ejemplos de los primeros cristianos, y esterilizado despues, notadlo bien, esterilizado despues por la supersticion y el fanatismo, y explotado en provecho de la ambicion, de la corrupcion y de la holgazanería. ¿Comprendeis toda la fuerza de estas palabras? ¿sabeis lo que con ellas indican esos filósofos, que á su manera se pretenden cristianos? hélo aqui.

Segun esa escuela, la humanidad progresa siempre marchando sin desviarse hácia la perfeccion, que allá en lontananza está envuelta en misteriosos destinos; destinos ignorados de todo el mundo, excepto de algunos genios privilegiados á quienes concediera el cielo, en momentos de sublime inspiracion, asistir al inefable espectáculo que ha de ofrecer la humanidad, llegado el venturoso siglo en que pluguere á la Providencia trocar en encantado paraíso esa tierra de infortunio y de miseria. ¿No alcanzais todavía qué parte pueda caber al cristianismo en el simbólico sistema, y no atinais qué lugar le está reservado allá cuando se descifre el misterioso enigma del porvenir de la humanidad? escuchad y aprended.

El linaje humano que se dirige á su destino por senderos incomprensibles, posee un cierto caudal de civilizacion que se trasmiten fielmente unas á otras las generaciones que pasan y desaparecen. Esa civilizacion, ese precioso

depósito encierra una idea que lo anima y vivifica, cual es la perfectibilidad, el progreso indefinido, el presentimiento de sus destinos. Si no concebís esas fatídicas palabras dignas de los antiguos oráculos, contentaos con haberlas oído, con haber visto al filósofo semejante á la antigua sibila que con el cabello desordenado, y los ojos desencajados, os clamaba señalando azorada las sombras del pavoroso santuario: *Dios hé aquí el Dios; Deus ecce Deus.*

Antes de la venida de Jesucristo se agitaba el humano linaje en busca de una idea grande, de un pensamiento sublime que encerrase y compendiasse lo pasado, descifrara y mejorara lo presente, formulara y fijara el porvenir. Cosa singular! extraordinaria coincidencia! Moisés y Homero, Salomon y Sócrates, todos se afanaban en pos del indicado pensamiento, rebullia en sus cabezas como un mal formado embrion; tenia ya la vida, pero le faltaba el desarrollo competente, porque el género humano no se lo consentia. Las ideas eran tan groseras, las costumbres tan duras y feroces, los pueblos vivian en tanto aislamiento, era tal la imperfeccion de las diferentes organizaciones sociales, tan extrañas é injustas las condiciones del poder público, tan mal reconocidas y deslindadas las atribuciones del doméstico, tanto, en una palabra, el atraso de la verdadera civilizacion, que lanzada en medio del mundo la sublime idea, de nadie fuera comprendida, por todos menospreciada y conculcada, verificándose lo de las preciosas perlas arrojadas á los piés de animales inmundos.

La antigua filosofía, á pesar de sus errores, de sus extravagancias, de sus absurdos, y, lo que es todavía mas doloroso, de sus infames doctrinas repugnantes á la sana moral, trabajaba, si hemos de creer á la indicada escuela, en la promocion y fomento de los grandes intereses de la humanidad, en la vindicacion de los derechos del hombre; preparando así la era venturosa en que la verdad oculta entre las sombras, solo conocida en tenebrosos conciliábulos, y presentada al pueblo con indescifrables enigmas,

podria salir á la luz del sol, apellidarse con su propio nombre, y pasear triunfante por la faz de la tierra.

Necesitábase empero para la grande obra un hombre extraordinario, que concibiese con viveza y fuerza la idea, que la formulase, que se mostrase él propio como una personificacion de la misma, y que antes de descender al sepulcro acertase á cubrirla con misterioso velo que dejando entrever su hermoso resplandor la salvase de la profanacion de manos impuras. Hé aquí el mote del enigma, hé aquí el secreto de esa funesta escuela. Segun ella, la religion no es mas que la filosofía, Jesucristo no es mas que un hombre, los dogmas por él establecidos no son mas que mudables formas en que se envuelve la verdad, hasta el dia en que habiendo progresado bastante el humano linaje sea capaz de contemplarla cara á cara como la vista del águila los rayos del sol.

Desde el momento que en medio del cristianismo se levanta una autoridad, esa autoridad evidentemente instituida por el Divino Fundador, se comete la mayor de las usurpaciones; las herejías que en diferentes sentidos y bajo distintos nombres surgen y se rebelan contra las pretensiones de la Iglesia, son una protesta de la razon contra la fe, de la filosofía contra la religion, de la legitimidad contra la usurpacion, de la libertad contra el despotismo. Cuando al cabo de quince siglos alza su voz un fraile apóstata en el corazon de Alemania, y con labio profanado con escandaloso sacrilegio, se llama apóstol del Señor, enviado para convertir á las gentes, para destruir á la *Prostituta de Babilonia*, para echar por el suelo una autoridad reconocida durante quince siglos, ese apóstata, ese seductor, es á los ojos de la funesta escuela un grande hombre, á pesar de todos sus vergonzosos extravios. Los arrebatos de su cólera no son mas que el noble acento de una indignacion justa, generosa y santa; sus esfuerzos para derrocar el poder temporal y espiritual del Romano Pontífice corresponden á los vivos y ansiosos deseos que abraza la Europa entera; la adulteracion de los dogmas, la destruccion de toda dis-

ciplina, la relajacion de costumbres predicada en sus palabras y en sus ejemplos, el vértigo fatal que introduce en Europa en todo lo perteneciente á las mas elevadas cuestiones religiosas, sociales y políticas, todo se ensalza con los mayores encomios, todo se pondera como un inmenso beneficio dispensado á la humanidad.

¿Qué importan los dogmas, qué la disciplina, qué la jerarquía? Esto eran formas gastadas en que se hallaba envuelta la idea antigua, primitiva, que servir pudieran quizás allá en otros tiempos, pero que á la sazón era indispensable rasgar con mano osada, dejando que se entretuvieran con los despreciables fragmentos el fanatismo y la ignorancia. Pasan dos siglos, los funestos principios se desenvuelven, se llevan hasta el extremo sus fatales consecuencias, la impiedad se erige en dogma, y arrojada la hipócrita máscara con que se cubriera, niega abiertamente la divinidad de la religion cristiana, declara absurdas sus augustas doctrinas, ridiculiza sus venerables prácticas, y se esfuerza en hacer objeto de befa y escarnio la santidad del sacerdocio. Nada importa todo esto, á los ojos de la escuela que nos está ocupando; la filosofía del siglo xviii con sus errores, con sus blasfemias, con su olvido de la historia, con su odio á todo lo antiguo, con su encarnizamiento contra lo existente, bañada de la sangre que hiciera verter á torrentes en todos los puntos de Europa, goteando todavía sus manos la inocente que derramara con sus puñales y sus cadalsos, esa filosofía que se presentara como reparadora de todos los males de la humanidad, mientras se hallaba reducida á la modesta mansion de un gabinete, que se convirtió en feroz Medea tan pronto como pudo escalar la cumbre del mando, esa filosofía es tambien un inmenso beneficio dispensado á la sociedad y al individuo. Ella quebrantó las cadenas que aprisionaban el humano pensamiento, ella derribó las barreras que separaban unas clases de otras clases, que defendian la usurpacion de las poderosas, que servian para la opresion de los pobres, que monopolizaban en manos de pocos el fruto

del trabajo de todos, que explotaban en beneficio de los goces del fuerte los sudores y las penalidades del débil. Los mayores extravíos, los mas grandes excesos, los mas horrendos crímenes, todo se excusa, todo se disculpa, con inconcebible indulgencia, en obsequio de la utilidad y grandor de los resultados. Si los filósofos del siglo xviii desconocieron no solo la verdad, sino el mérito mismo del cristianismo, si negaron que hubiese acarreado hingu género de beneficios á la sociedad, á la familia, al individuo, si le calumniaron de la manera mas atroz, si le convirtieron en objeto de mofa con la mas indecente impudencia, esto no quita que la escuela filosófico-cristiana los reconozca como sus ilustres progenitores, que les tribute rendidos homenajes, que les obsequie con aquellas muestras de reverencia, de respeto y gratitud, con que los buenos hijos honran á sus padres.

Hemos trazado con rápidas plumadas los rasgos característicos de esa engañosa y funesta escuela, de esa escuela que se ha empeñado en cubrirse con ciertas apariencias de cristianismo, cuando hace ostentosa gala de mostrarse heredera de todas las herejías, de todas las escuelas de impiedad con que ha luchado el cristianismo por espacio de diez y ocho siglos. ¿Quereis conocerla á fondo? ¿quereis una evidente señal de cuáles son sus intenciones? ¿quereis saber el blanco de sus tiros? esa misma escuela que todo lo excusa, todo lo tolera, solo en un punto se muestra intolerante, en lo relativo á la Iglesia católica. A esta Iglesia no se le concede tregua ni descanso; fortuna si se otorga que á pesar de su supersticion, su fanatismo, su corrupcion, produjo quizás algunos bienes allá en los siglos bárbaros; pero en llegando á los modernos, en tratando del actual, en hablando del venidero, no menteis ni catolicismo, ni Iglesia católica tales como los entienden los verdaderos fieles; son nombres gastados que nada expresan, nada significan; sino es algo de repugnante á la causa de la civilizacion, á los intereses de la humanidad. El cristianismo, el único cristianismo que podrá servir para labrar el siglo

de oro á que se encamina el humano linaje, es ese cristianismo indefinible, fluctuante, aéreo, del modo que le han dejado el exámen protestante y el análisis filosófico: ese cristianismo, esa religion inconcebible, que carece de dogma, es decir de doctrinas, que no admite formas exteriores, es decir que no consiente culto, que no necesita ministros que enseñen y practiquen, dado que ella abdica toda enseñanza y no prescribe ninguna práctica.

Ocúltase bajo ese indigesto fárrago, bajo ese tejido de absurdos é incoherencias, la mas profunda hipocresía: es la impiedad, el indiferentismo, que llevados de un sentimiento egoista encubren con mentidos velos sus asquerosas formas, y procuran seducir con vanas palabras á los pueblos incautos. Las creencias cristianas están todavía en el corazon de las naciones europeas y de cuantas han participado de su espléndida civilizacion; hasta los pueblos arrastrados por el cisma y la herejía, y arrojados despues en un piélago de errores, de dudas é incertidumbre, conservan en el fondo de su alma el sentimiento cristiano, echan menos la verdad que perdieron en aciago dia, y con la Biblia en la mano recorren afanosos y sedientos aquellas páginas divinas, ininteligibles á sus ojos velados con las tinieblas del error. Eso lo ha comprendido la escuela que estamos combatiendo, y ha dicho para sí: «no hostilicemos cara á cara el cristianismo, manifestémonos sus ardientes defensores, no desaprovechemos la dura experiencia que nos ofrece la filosofía del pasado siglo, que por su frenesi anti-cristiano, manifestado de una manera prematura é imprudente, si bien logró deslumbrar por algunos momentos, se atrajo y se está atrayendo cada dia mas la execracion universal; digamos que en el fondo del cristianismo hay verdad, distingamos entre ella y las formas que la cubren, afectemos tanto respeto por aquella como desprecio manifestamos por estas, inculquemos la necesidad de mudarlas segun las circunstancias y los tiempos, hablemos sin cesar de simbolos, de emblemas, de enigmas, de trasformaciones, hagamos que en todo interven-

gan los arcanos del porvenir; así confundido y mezclado en inextricable laberinto lo pasado, lo presente y lo futuro, engañaremos á nuestro sabor á los pueblos; y cuando esperen el nuevo cristianismo que cual otro fénix ha de renacer de las cenizas de la pira que nosotros levantamos, se hallarán bastante preparados para recibir sin rodeo, sin disfraz, nuestra enseñanza, que consiste en absoluta abdicacion de todo linaje de creencias, en completo escepticismo sobre el origen y los destinos del hombre, en un culto de los intereses materiales, en la divinizacion del goce, en el entronizamiento del principio de utilidad privada; mas breve, en la ruina de toda religion y de toda moral.»

No es menester mucha penetracion para conocer lo que se abriga bajo el trasparente velo; y descubierta la falsedad hipócrita, deja de ser tan peligrosa para los que aman de veras la sinceridad. Una vez desenmascarada la escuela á que nos referimos, queda evidente su error y su mala fe; y por consiguiente, está juzgada en el tribunal de la sana filosofía. Sin embargo y á pesar de que estas consideraciones podrian dispensarnos de impugnarla, lo haremos á continuacion atacando sus dos ideas capitales: primera, la trasformacion sucesiva que segun ella ha experimentado el cristianismo: segunda, la necesidad de que el catolicismo desaparezca por motivo de su supuesta impotencia de satisfacer las necesidades de la generacion presente y de las venideras.

Para trasformarse una cosa es menester que exista: los aristotélicos admitiendo las formas sustanciales suponian una materia prima que las perdía ó adquiría, experimentando de esta suerte las correspondientes mudanzas. Si pues hay en el cristianismo algo que dura al través de los siglos, pero que se trasforma, es decir que muda de formas, les preguntaremos á los pretendidos filósofos exigiéndoles que nos respondan categóricamente á la pregunta: ¿en qué consiste eso que permanece y sufre la mudanza de las formas? ¿qué se entiende por estas formas? Conse-

cuente á sus principios que están en oposicion con los dogmas admitidos por la Iglesia católica, nos dirán que esos mismos dogmas no son mas que puras formas, que lo son ahora como lo fueron siempre, y que las pretendidas tradiciones no fueron mas que la trasmision de los enigmáticos emblemas con que se disfrazara la verdad. Entonces nos han de confesar, que los cristianos de todos los tiempos que no miraron esos dogmas como formas enigmáticas, sino como positivas expresiones de la realidad, fueron ó engañados ó engañadores. Si lo primero, los cristianos no conocieron jamás el cristianismo; si lo segundo, fueron una turba de miserables impostores, á quienes en mala hora dispensais no merecidos encomios. Léanse todos los documentos modernos y antiguos donde se declara la fe de los cristianos, consúltense los anales de aquellas épocas que tan afectadamente se califican de posesoras de la verdad primitiva; á cada paso se conocerá, se palpará, que los hombres que hablan, que escriben sobre los dogmas, que las generaciones que los profesan, los héroes que por ellos sufren y mueren, todos á una entienden que esos dogmas expresan la verdad, todos miran como horrendo pecado la negacion ó la duda, todos se estremecerian al oír que sus creencias versan sobre cosas sujetas á reformas y mudanzas.

Además, ¿qué son los dogmas de una religion? son sus doctrinas; la que los tiene falsos tiene su enseñanza falsa; y tanto dista de merecer el nombre de religion, que con dificultad podrá vindicar el de escuela. Al menos una escuela se apoya en raciocinios, no finge revelaciones, apellídase hija del entendimiento, nó del cielo; si yerra, se equivoca y no engaña: pero una religion falsa es un tejido no solo de errores sino de imposturas; es un insulto dirigido á un tiempo contra Dios y los hombres, pues que á estos los engaña abusando sacrilegamente del nombre de la eterna verdad. Ni vale para excusar esa impostura el decir que allí hay alegoría, y que esta significa, mas no engaña; ¿qué será una alegoría que nadie entiende, de la

cual nadie sospecha que no sea la sencilla exposicion de la realidad de las cosas? ¿podrá merecer el título de tal la alegoría que no comprenden ni los ignorantes ni los sábios, ni los enseñados ni los que comunican la enseñanza? Si versa sobre objetos de escasa importancia, si el error de maestros y discípulos se limitase á proposiciones de poca entidad, de ninguna consecuencia; entonces seria menos absurda la suposicion que estamos impugnando; pero se trata nada menos que del mismo Dios, de los augustos misterios que, en cuanto al mísero mortal le es dado entender, explican la Divina Naturaleza, las Personas, las relaciones de estas entre sí; se trata nada menos que del hombre, de su naturaleza, de su origen, de su destino, de sus relaciones con Dios, de los medios que le han sido concedidos para alcanzar su fin; se trata de saber si existe una prevencion primitiva, si de ella ha participado todo el humano linaje, si en efecto sufrimos ó nó la pena de un primer pecado, si hay ó nó una degeneracion del estado en que Dios nos criara, si la Redencion es una verdad, si el Hijo de Dios se dignó descender por nosotros á la tierra para lavar nuestras manchas, rescatarnos con su sangre y abrirnos las puertas del Paraíso: se trata de saber si existen algunos conductos por los cuales se nos comuniquen los tesoros de la gracia de la redencion; en una palabra, en los dogmas se encierra lo mas grande y mas importante que el hombre puede imaginar, lo que mas de cerca le interesa, lo que está íntimamente enlazado con su suerte, aquello de que esta depende, aquello que no nos es dado ignorar, sin ignorar al propio tiempo lo que somos, de dónde venimos, á dónde vamos. Si en esto caben alegorías, si cuanto se propone en las creencias que á tales puntos se refieren puede calificarse de emblemático y simbólico, si nos es dado sospechar que aquí no se encierran mas que sublimes mentiras para indicarnos una verdad terrena que el mundo hasta ahora no conoce y que solo columbran ciertos filósofos; dígase que por espacio de diez y ocho siglos una considerable porcion de la humanidad ha sido

víctima del mas grosero engaño, añádase que todavía lo es; y no se dispensen hipócritas elogios al cristianismo, que en tal caso no fuera mas que un conjunto de extravagancias sin objeto, de palabras sin sentido, de enigmas indescifrables, estériles, completamente estériles para producir la verdad. Al error no se añade el amaño, á la falsedad la astucia seductora. Si no creéis en el cristianismo, si os empeñais en combatirle continuando la impia tarea de la escuela de Voltaire, no digais por lo menos que os proponeis explicar lo que tan abiertamente negais, que intentais perfeccionar lo que deseais destruir. Entonces si conquistais alumnos, sabrán al menos á qué atenerse; y desde el momento en que abracen vuestras doctrinas no podrán ignorar que abandonan su fe.

«La moral cristiana, dirán esos filósofos, es lo único que se encuentra verdadero en las doctrinas de la religion; esa moral pura, santa, sublime, es lo único que conviene salvar; no debe á la humanidad pesarle de haber vivido en piadosos errores, si con estos ha podido adquirir tan inestimable tesoro. Esa moral se aviene con todas las creencias, con todas las organizaciones sociales, con todas las formas políticas; es elevada, ilustrada, tolerante, grande como el mundo; digna de señorearle, digna de reinar sobre la familia, sobre la sociedad, digna de presidir á la resolution de los actuales problemas y de marchar al frente de las generaciones venideras, conduciéndolas al destino que les señalara la Providencia.» Óyense á cada paso estos encomios tributados á la moral cristiana, hasta por los mas declarados enemigos del cristianismo; pero ¿son sinceras esas alabanzas? ¿salen del fondo del corazon? ¿No podrian á veces envolver un amaño, procurando adormecer con lisonjas la víctima que se intenta sacrificar? ¿Es verdad que vuestro entusiasmo por la moral del Evangelio sea tanto como afectais? Si es así, ¿cómo no andan mas conformes con ella vuestras doctrinas? vosotros divinizais la materia, el Evangelio la anonada; vosotros predicais incesantemente el goce, el Evangelio el sufrimiento y la absti-

nencia; vosotros excusais todos los extravíos del corazón, el Evangelio ordena circuncidarle con mano severa; vosotros ensalzais y excitais el orgullo, el Evangelio prescribe la humildad; vosotros inculcáis como base de la moral el amor propio, el egoísmo, el principio de la utilidad privada, el Evangelio prescribe la abnegación, el desasimiento de los intereses terrenos, el amor de Dios, el del prójimo, el sacrificio por el bien de sus semejantes; vosotros ridiculizáis, ó al menos tacháis de extremado rigor, la virtud sublime que nos hace vivir la vida de ángel, el Evangelio la aconseja como una de las ofrendas más agradables al Señor, como el incienso más puro que alzarse pueda del humano corazón hácia las gradas del trono del Eterno.

¿Qué hay de semejante entre vuestra moral y la del Evangelio? la de este formaba anacoretas, la vuestra forma sibaritas; la de este corrigió las costumbres del mundo pagano, la vuestra corrompe las del mundo actual; la de este desterró el egoísmo para entronizar la caridad, la vuestra protestando una fraternidad estéril, produce en los hombres un horrible aislamiento, levantando en los corazones el mezquino ídolo del interés propio; la de este organizó la familia, santificó el matrimonio, la vuestra desordena la familia, y relaja ó quebranta el lazo conyugal; donde quiera que ha prevalecido la moral evangélica, se ha verificado un cambio prodigioso, desterrándose la corrupción de entre los fieles; donde se ha introducido vuestra filosofía, han degenerado las costumbres de una manera lastimosa, distinguiéndose en la perversidad, á proporcion de lo difundidas que estaban vuestras doctrinas. Ved, contemplad vuestra obra; no os señalaremos un punto oscuro, donde alegar pudierais que no ha penetrado en toda su plenitud el caudal de vuestras luces; no os indicaremos un pueblo bárbaro del que os sea dado decir que en su torpe grosería no comprende el sentido de vuestra enseñanza; queremos que fijeis vuestras miradas sobre la ciudad rica, populosa y floreciente, emporio de las artes y de las cien-

cias, orgullo de una gran nación, capital del mundo civilizado. Hace poco menos de un siglo que vuestra filosofía reina allí con ilimitado imperio, allí vivieron y murieron, allí viven todavía vuestros grandes hombres, allí ha resonado y resuena todavía vuestra voz con mas elocuencia, con mas seductor acento, que en ningún punto del globo; allí habeis hecho en grande vuestros ensayos, allí lo que no alcanzarais con la persuasión lo conseguisteis con la fuerza de las armas, allí vinieron las guillotinas en apoyo de los argumentos y el estruendo del cañon en sosten del clamoreo de vuestra prensa, allí triunfasteis, y sin embargo, dolor causa decirlo, ¿qué habeis hecho de aquella sociedad? ¿en qué habeis convertido aquel gran pueblo? ¿quereis que levantemos el velo que encubre la ignominia de vuestra obra? nó, no lo haremos; contentarémonos con recordar un hecho que no podreis contestarnos, que es público, que depone del modo más concluyente contra vuestros sistemas: en París la tercera parte de los niños que nacen no son de legítimo matrimonio.

Id ahora y predicad la excelencia de vuestra moral, decid si os place que está conforme con la del Evangelio; ¿creeis por ventura que las máximas de la moral se formulan en bandos de policía? ¿que la saludable vigilancia sobre las costumbres se ejerce bastante con los tribunales de corrección? ¿creeis que la civilización es la cultura, que la perfección de las leyes es el adelanto de las artes, que la sensatez y el buen juicio son lo mismo que el progreso de las ciencias, que la pureza de la conducta consiste en la finura de los modales? ¿Creeis que desaparece la corrupción por solo cubrirla con velos resplandecientes?

No es esto lo que dicta la razón, no es esto lo que enseña la religion cristiana; una y otra nos dicen en alta voz que para reformar el corazón del hombre y conservar en él las mejoras, no bastan reglamentos, no bastan libros, no bastan declamaciones; sino que son necesarios medios vivos y eficaces que penetren en lo interior, que ejerzan directamente su influencia sobre el entendimiento y la vo-

luntad, que enflaquezcan el ascendiente de las pasiones, que quebranten su ímpetu y abatan su vuelo! Para conseguir esos efectos son indispensables motivos superiores á los que se encuentran en la esfera terrena, son insuficientes los que se fundan en combinaciones del interés privado, pues desde el momento que este se entroniza, se concede á las pasiones rienda suelta. La razon y la religion están acordes en que la sana moral y la práctica de la virtud no se oponen al interés propio bien entendido; pero sostienen al mismo tiempo que el ejercicio de la virtud demanda, exige una y mil veces el sacrificio del placer de momento, de la utilidad presente, y tal vez de la utilidad de toda la vida; sostienen que la moral para ser firme, sólida, duradera, á la prueba de los ataques de las pasiones y de la inconstancia de la humana flaqueza, debe arrancar del cielo y dirigirse al cielo; debe fijar sus miradas mas allá del sepulcro, debe salir del tiempo y extenderse á la eternidad; no debe limitarse á la estrecha esfera de la criatura, sino levantarse hasta las regiones infinitas donde mora el Criador. Ved si es esta la enseñanza de vuestros libros, si algo tiene de semejante la tendencia de vuestras doctrinas; descended al exámen de vuestros principios, pesad sus consecuencias, dad una mirada á las aplicaciones que de ellas haceis; jamás hablais sino de la tierra, jamás hablais de los destinos del hombre, sino ciñéndoos á esa vivienda pasajera; hablais siempre del género humano, nunca del Dios que lo crió y que lo llama á sí; y cuando una que otra vez mentais el nombre del Ser Supremo, si una que otra vez pronunciais ó escribis Providencia, bien se conoce que tributais un estéril homenaje á una divinidad que no ve ni oye, que se pasea por las alturas del cielo sin considerar las cosas de la tierra. Si una que otra vez recordais los destinos del hombre mas allá del sepulcro, y la inmortalidad que nos espera en regiones desconocidas, lo haceis de paso, solo para hermoinear vuestras páginas, para dar realce á vuestra palabra, porque no ignorais que la tumba, la inmortalidad, la eternidad,

encierran una sublime poesía y esmaltan y realzan cuanto tocan.

La filosofía anti-cristiana divaga perdida por las vanas regiones de la duda y del escepticismo, abrazada con mentidas sombras, brillantes de léjos, negras y repugnantes de cerca: desásese á cada instante de los brazos de una para correr en pos de otra que la deslumbra, y á su turno la engaña. Varia sin cesar, continuamente se trasforma, y por lo mismo pretende que todo se transforme y varie como ella; por esto no conociendo su propia flaqueza, su impotencia para alcanzar la verdad, se levanta desvanecida y orgullosa, se erige en juez de todas las religiones, las prescribe el camino que deben seguir, les indica los escollos que deben evitar, pesa los grados que les quedan de fuerza y de vida, pronostica magistralmente el término de su duracion, decide que esta ha muerto ya, que aquella está en agonía, que la una ha menester cierta trasformacion, que la otra es del todo inútil, que es necesario arrumbarla para que no entorpezca la rápida marcha de los pueblos. Nada hay nuevo debajo del sol, ha dicho con profunda sabiduría el sagrado texto; y no es nueva tampoco esa loca vanidad, ese insoportable orgullo del espíritu humano. Tambien en otro tiempo condenó el cristianismo como absurdo, como criminal, como contrario á las leyes del imperio, como incompatible con el órden público y la existencia de la sociedad, como religion despreciable, envilecedora, propia únicamente de miserables y esclavos; y sin embargo el cristianismo vió disiparse á su presencia las escuelas filosóficas como ligera niebla tocada de los rayos del sol; y se arraigó, y se propagó, y se apoderó del solio de los Césares, y resplandeció en el lábaro de los señores del mundo, y sojuzgó y civilizó á los bárbaros, y triunfó de los árabes y creó la Europa moderna. Tambien en otro tiempo el mismo orgullo con la Biblia en la mano pretendia marcar la caída de la Ciudad eterna, el fin de la Cátedra de San Pedro, con la misma precision y exactitud con que señalan los astrónomos el momento de un eclipse; y

no obstante esa Cátedra permanece y vive; acatada por numerosos pueblos, y la palabra del Divino Salvador no se encuentra fallida. También en el siglo anterior, en la época de la pujanza filosófica del hombre de Ferney, se pronosticaba con tono de seguridad y de certeza, que estaba por sonar la hora extrema para la *superstición y el fanatismo*: sonó sí una hora terrible, pero no fué mas que la hora de persecución, semejante á la que saliera de la urna del Eterno en los tiempos de los Nerones, de los Decios, de los Dioclecianos. Sonó la hora en que Dios quiso probar á la Iglesia como el oro en el crisol, para presentarla mas resplandeciente á los ojos de las naciones y sacarla victoriosa y triunfante de las manos de sus enemigos: cubierta de tanta mayor gloria é inspirando interés tanto mas vivo, cuanto eran mas anchas y profundas las cicatrices recibidas en el terrible combate.—*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

SOLUCION DE LA DIFICULTAD QUE SE OBJETA AL CATALICISMO SOBRE LA DOCTRINA QUE NO CONCEDE SALVACION SINO A LOS QUE PROFESAN LA RELIGION VERDADERA.

Combatido ya en los números anteriores el escepticismo religioso, y deshecha la dificultad que se objeta á la religion verdadera fundándose en la pretendida imposibilidad de que Dios permita la existencia de tantas otras, vamos ahora á examinar la fuerza de otro argumento que es el Aquiles de todos los incrédulos y escépticos. Sin fe, decimos los católicos, no hay salvacion; en no perteneciendo á la Iglesia, nadie puede entrar en el reino de los cielos. Contra estas verdades levantan nuestros adversarios un sentido grito de reprobacion, achacándonos que presenta-

mos á Dios como un tirano que erige la ignorancia en crimen, y que se complace en castigar la inocencia con eternos tormentos. En verdad que si semejante cargo no careciese de fundamento, bastaria él solo para derribar y anadar nuestra religion convenciéndola de falsa; dado que no seria posible que fuese verdadera la que adorase un Dios cruel é injusto. La bondad y la justicia son atributos tan esenciales á la divinidad, van de tal modo embebidos en la idea que de ella nos tenemos formada, que quien intente separarlos destruye la idea misma de Dios. Hasta los discípulos de Manes admitiendo dos principios, uno bueno, otro malo, han tributado en cierto modo un homenaje á la verdad arriba indicada, cuando al parecer la contrariaban con su errónea doctrina. Admiten un principio causa de todo mal; pero ¿sabeis por qué? porque no conciben cómo el principio bueno, es decir Dios, puede causar el mal, sea del género que fuere; porque confunden y adulteran las antiguas tradiciones del ángel caído, obstinado en su perversidad, en hacer daño por todos los medios posibles, en oposicion, en insensata lucha con un Dios de infinita bondad é inefable amor. Así, cuando los incrédulos llegasen á probarnos que nuestro Dios es injusto y cruel, quedaríamos convictos de no tener ninguno; la religion católica seria falsa por absurda; y como las demás religiones que tributan homenaje á dioses imposibles, seria imposible tambien por ser atea.

Veamos pues en qué estriba el cargo con que se intenta abrumarnos, examinándolo por partes y sujetándolo á riguroso análisis.

En primer lugar, se nos dice que Dios no puede castigar al inocente, que muchos hombres se encuentran en imposibilidad de conocer la verdad católica, y que por tanto no deben ser condenados por esta falta de conocimiento. Esa dificultad que tan fuerte parece á primera vista, es sin embargo de ningun valor; pues que toda ella estriba en un falso supuesto, atribuyendo á los católicos una doctrina que no profesan, y que antes al contrario les está pro-